

virtud que ha producido tan grandes prodigios, obrará siempre iguales milagros, quando se apoderará del corazon humano, porque la gracia de Jesu-Christo nada puede perder de su eficacia y fuerza.

ARTICULO IV.

De la perfeccion Evangelica, y de las Ordenes Religiosas á que ha dado origen.

Se ha notado ya, que hay en nosotros como dos hombres diferentes, cuyas voluntades están en continua oposicion (1); el hombre de carne y sangre, nacido de Adán, que vive solo de las pasiones, que no juzga ni obra sino por ellas; y el hombre del espíritu y de la fé, que Jesu-Christo vino á criar dentro de nosotros mismos, cuya patria es el cielo, y cuyas miras

(1) Rom. 7. v. 15. y sig.

deben tambien ser todas celestiales (1). De ahí es, que los Sabios que vivian del espíritu del primer hombre, no podian vencer las pasiones sino por otras opuestas, cediendo el amor de los placeres, al amor de las riquezas; el de las riquezas, al de la gloria; siendo el luxo reprimido por la avaricia, esta por la vanidad, y todos los vicios por el orgullo; pero que, el hombre carnal, no conociendo bienes fuera de este mundo, la abnegacion absoluta y repentina á todas las pasiones, era para él no solo impracticable, mas tambien incomprehensible (2). Jesu-Christo reduciendo, por lo contrario,

(1) El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. Qual el terreno, tales tambien los terrenos; y qual el celestial, tales tambien los celestiales. Por lo qual, asi como traiximos la imagen del terreno, llevémos tambien la imagen del celestial. 1. Cor. 15. v. 47. 48. 49. = (2) El hombre animal no percibe aquellas cosas que son del espíritu de Dios; porque le son una locura, y no las pueden entender; por quanto se juzgan espiritualmente. 1. Cor. 2. v. 14.

toda su moral, á hacer morir en nosotros el hombre sensual, por la mortificación de los sentidos; el ambicioso, por la pobreza de espíritu; el soberbio por la humildad de corazón, para formar en nosotros el hombre nuevo, viviendo el hombre de un nuevo espíritu, de una nueva vida; Jesu-Christo ataca de una vez todos los vicios, en el germen fatal que les dá principio. Y como es difícil poseer los bienes de la tierra sin apego, usar de los placeres con moderación, gozar los honores con modestia, y librarse de las tentaciones del mundo en medio del mismo mundo; como la posesion de las cosas sensibles, hace naturalmente en el corazón impresiones que le atan con la tierra, que le distraen de su verdadero fin, y que disminuyen á proporcion el gusto de las cosas santas, Jesu-Christo aconseja tambien la renuncia absoluta á todos los bienes, á todos los placeres, y á todos los honores del mundo.

Asi, aunque haya santificado el matrimonio por la gracia del Sacrosanto, prefiere á él la virtud de la con-

tinencia (1), como un medio de servir á Dios con mas libertad (2): "Quiero pues, que vivais sin inquietud dice el Apostol. El que está sin muger, está cuydadoso de las cosas que son del Señor, como ha de agradar á Dios. Mas el que está con muger, está afanado en las cosas del mundo, como ha de dar gusto á su muger, y anda dividido. Y la muger soltera, y la virgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa de cuerpo y de alma. Mas la que es casada, piensa en las cosas que son del mundo, y como agradar al marido (3)." Por la misma razon, despues de habernos Jesu-Christo mandado poseer *como sino poseyeseis* (4), nos conduce del precepto á la perfeccion. "Si quieres ser perfecto, dice, vende quanto tienes, y dalo á los po-

(1) Math. 19. v. 10. 11. 12. = (2)
1. Cor. 7. v. 35. = (3) Ibid. v. 32. 33.
34. = (4) 1. Cor. 7. v. 30. 31.

„bres y tendrás un tesoro en el cielo
„(1).”

Por último, no solamente nos encarga la humildad, si que nos exôrta también á „que nos regocijemos de ser humillados, perseguidos, maldecidos, calumniados por su causa, porque es muy grande el galardón que se nos espera en los cielos (2), y porque lo que es de la honra, gloria, y virtud de Dios, y lo que es de su espíritu, reposa entonces sobre nosotros (3).”

La naturaleza se espantará sin duda de este absoluto desapropio que le quita todos sus recursos, y parece dexar el hombre solo consigo mismo, como en una vasta soledad. Pero para demostrar del modo mas admirable, que ni las humillaciones, ni la pobreza, ni los trabajos tienen algo que degrade al hombre; que todas las grandezas del mundo nada tienen que pertenezca á la verdadera grandeza; que toda la felicidad del mundo no puede añadir la menor

(1) *Math.* 19. v. 21, = (2) *Math.* v. 11. 12. = (3) 1. *Pedr.* 4. v. 13. 14.

cosa á la verdadera felicidad; Jesu-Christo, soberanamente grande, soberanamente feliz por sí mismo como Dios, Jesu-Christo, predestinado como hijo del hombre, á ser elevado sobre todas las criaturas; él á quien todas las Naciones han sido dadas por herencia, parece en el mundo como *la nada* (1); es el primero que practica los consejos que nos dá, y los practica con un grado de perfeccion á que nadie sino el Hombre Dios habia podido llegar; porque no solamente es el modelo de la mas perfecta pureza, si que es el primero que hace conocer la excelencia de la virginidad. Obliga á la envidia, que calumnia hasta sus milagros, á respetar en su persona la integridad de esta virtud súblime; y por un privilegio que debia caracterizar la pureza del Hombre Dios, solo quiere nacer de una madre virgen. No solamente se somete al sacrificio de la Cruz, si que obrando como Hombre Dios, corre á abra-

(1) Se anonadó á sí mismo *Phil.* 2. v. 7.

zarla (1), para expiar los pecados que no ha cometido, para santificar al mundo que viene á salvar; y dá á la muerte el imperio que no podia tener por sí misma sobre él: No solamente nace, si que vive en una pobreza voluntaria, y por un heroísmo de abnegacion, que solo era posible al Hombre Dios, el que viste los lirios de los campos, y alimenta las aves del cielo, dexa descansar, por decirlo así, su omnipotencia, para recibir de la mano de los hombres el pan que su divina misericordia les dá cada dia: No solamente se humilla, si que desciende de la derecha de su Padre, para anonadarse. Solo el Hombre Dios podia humillarse tan profundamente, porque solo Dios podia baxar de tan alto. Su cruz, que era el delirio de la Sabiduría humana, y el escandalo del Judío carnal, se hace el altar sagrado en que consuía el misterio de la Sa-

(1) Ved que subimos á Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado á los Principes de los Sacerdotes, y á los Escribas, y le condenarán á muerte. *Math* 20. v. 18.

biduría y del poder divino, inmolando con él el hombre sensual, por los suplicios que sufre; el hombre ambicioso, por la absoluta desnudéz en que muere; el hombre soberbio, por los oprobrios del crimen de que se cubre: Y léxos de manchar sus humillaciones la gloria del Hombre Dios, se hacen el motivo de su triunfo, y los títulos de su omnipotencia; abren á los hombres las puertas de la eternidad, y reconcilian el cielo con la tierra; porque "Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo qual, dice el Apostol, Dios le enalsó, y le "dió un nombre, que es sobre todo "nombre; para que "al nombre de Jesus "se doble toda rodilla de los que están "en los cielos, en la tierra, y en los "infiernos (1)".

Finalmente, por una sabiduría, y un poder que no podian pertenecer sino al Hombre Dios, y que publicarán su gloria en todos los siglos, esta perfeccion evangelica que nos aconseja, esta per-

(1) *Philip.* 2. v. 8. 9. 10.

feccion, que admira, que espanta la naturaleza, y que parece en tanta manera superior á las fuerzas del hombre, esta sublime perfeccion, Jesu-Christo es el primero que la hace conocer, y el único que la hace practicar. Toda la eloqüencia de los Filósofos no habia podido llegar á formar un solo Sabio sin orgullo; Jesu-Christo no dice mas que una palabra: *Dad á los pobres vuestros bienes, y seguidme*: Y una multitud de Christianos lo dexan todo para acelerarse á seguirle; y jamás los desórdenes, ni los escándalos que se han introducido hasta lo interior del Santuario, han impedido que Jesu-Christo tuviese imitadores de sus sublimes virtudes.

Los Apostoles son los primeros que marchan en el seguimiento de su maestro, y forman hombres que heredan su espíritu: Los fieles de Jerusalén venden sus bienes, distribuyen el precio entre sus hermanos; se confunden con los pobres, y viven con ellos en la desnudéz y humillaciones de la pobreza: Un grande número de Virgenes, de las quales *la conversacion es en el cielo*, guardan la

pureza de los angeles en la tierra: Y estos heroes de virtud no son Filósofos, que afectando la austeridad de las costumbres, no sabrían renunciar á la vanidad de parecer sabios. Estos nuevos Sabios, ocupados en su soledad, no á especulaciones ociosas que excitan la curiosidad, que lisonjéan el orgullo, que atraen los aplausos de los hombres, sino á meditar las santas verdades que encienden las llamas de la caridad, mantienen una comunicacion íntima con el cielo, se exercitan, lexos de los peligros del mundo, á la práctica de las virtudes mas sublimes; y para subtraerse á los insultos de la vanidad, que habia corrompido la virtud de los antiguos sabios, se ocultan aun á la vista de los hombres, para no ser conocidos sino de Dios.

Entre esta multitud de Solitarios que pueblan los desiertos, unos viven separados, para ser menos distraídos de la contemplacion; otros se juntan en los Monasterios, á fin de confortarse mutuamente por la práctica de las virtudes celestiales, baxo la direccion de los Su-

periores, que velan sobre la conservacion de la Disciplina, y el adelantamiento espiritual de cada uno. En esta última clase, la obediencia, que ya era una de las prácticas de la humildad Christiana, se hace una virtud indispensable para hacer reynar el orden á la union baxo la autoridad de un gobierno paternal. Se ha querido consecutivamente poner freno á la inconstancia del corazon humano, y á la tentacion, por desgracia harto ordinaria, de *mirar atrás despues de haber puesto su mano en el arado* (1), y se han obligado por promesas solemnes, á la observancia de la castidad, de la pobreza, y de la obediencia: Promesas, que siendo hechas libremente á Dios, forman un vínculo sagrado que no puede el hombre disolver. Tal es el origen de las ordenes religiosas que hoy vemos en la Iglesia.

„El estado religioso, dice un Ilustre Prelado, no es una institucion puramente humana, pues que Jesu-Christo, que no es menos el autor de sus conse-

(1) Luc. 9. v. 62.

„jos, que de sus preceptos, ha aprobado positivamente en la conducta de Maria, la generosa resolucion de todos aquellos, que siguiendo el dulce atractivo de una vocacion especial, le hacen un sacrificio absoluto é irrevocable de su persona, consagrandose á contemplar insesantemente sus bondades y grandezas en un estado de perfeccion. Por esto, lexos de ser el estado religioso indiferente ó extraño á la religion, la misma religion se halla, por lo contrario, vivamente interesada en la práctica de las maxîmas evangelicas, que es tan antigua como la Iglesia Christiana, y que en los primeros siglos era comun á casi todos los Christianos de la Iglesia naciente: Practica, que se perpetúa entre los fieles, y que produce en todos tiempos estos admirables exemplos de una santidad de costumbres, que distinguen la verdadera Iglesia, de las sectas separadas de ella (1).”

(1) Precepto del Eminentísimo Cardenal de Malines por la Quaresma del año 1787.

Institutos particulares añaden á los tres votos de religion, ciertos ejercicios de piedad, que son otros tantos medios de facilitar la observancia de la regla, y conservar el fervor en la soledad. Muchos se han consagrado tambien al santo ministerio, á la instruccion de los pobres, al auxilio de los enfermos, y á otras obras de misericordia, igualmente útiles á la sociedad civil, que á la edificacion de la Iglesia. Y si es cierto, como nos enseña la fé, que el hombre no existe sobre la tierra, para buscar, como el reptil, el momentáneo alimento, y morir luego despues, sino para disponerse por el ejercicio de las virtudes sublimes, á una vida feliz y permanente; si es cierto, que el reyno del cielo sea el fin á que se dirigen todos los designios de la creacion, todas las miras de la providencia, el objeto á que deben referirse todos los pensamientos de los hombres, todos los sistemas de gobierno, y la instruccion de todas las Monarquías del mundo; si es cierto, que el Universo entero no existe mas que para formar el reyno de Jesu-

Christo (1); que las oraciones y los meritos de los santos atraen las bendiciones del cielo sobre la tierra, y suspenden sus divinas venganzas (2); si es cierto, que no hay medio mas eficaz que el exemplo para conservar las costumbres, y que estas sean los mas seguros garantantes de la felicidad de los pueblos y prosperidad de los Estados; si es cierto, por fin, que Jesu-Christo haya enseñado y practicado las máximas Evangelicas, y que la practica de ellas sea el mayor heroísmo de su religion; ¿se puede, sin abjurar la fé, sin ultrajar á Jesu-Christo y su religion, despreciar en clase de ciudadanos ociosos y vituperados

(1) Convenia que aquel por quien son todas las cosas, y para quien son todas las cosas, habiendo de llevar muchos hijos á la gloria, consumase por la pasion al autor de la salud de ellos. *Heb. 2. v. 10* = (2) Si se hubiesen hallado diez hombres justos en Sodoma el fuego del cielo no habria caído sobre esta desgraciada ciudad... No temas Pablo; que Dios te ha hecho gracia de todos los que navegan contigo. *Gen. 18. v. 16. Hech. 27. v. 24.*

bles, estos generosos Christianos, que tienen el valor de consagrarse á un estado de perfeccion, que es un milagro de la gracia; estos hombres religiosos, que desde sus retiros levantan las manos al cielo, para hacer baxar las bendiciones, y suspender su ira; y que desconocidos como son en el mundo, predicam tambien el Evangelio al mundo, por la publicidad de sus virtudes? ¿Acaso se quisiera hacernos temer, que una excesiva diligencia en practicar la perfeccion evangelica, dexase abandonar la sociedad, para acudir á poblar los claustros? Pero, no hay peligro. Jesu-Christo, que ha providenciado sobre el bien de la sociedad, como sobre el de la religion, solo llama á la perfeccion Christiana un pequeño número de elegidos, y nunca arregla la diversidad de las vocaciones segun la voluntad de los hombres. Responde á aquel que le pide para seguirle: *Vete á tu Casa á los tuyos, y cuéntales quan grandes cosas te ha hecho el Señor* (1). Dice á otro: *vé, vende quan-*

(1) Marc. 5. v. 19.

to tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sigueme (1).

Es así que llama á sus Discipulos á las funciones del apostolado, despues de haberles exígido un desprendimiento absoluto de todos los bienes de la tierra; para prepararlos á los penosos ejercicios de su ministerio. Obedesca pues cada qual á la voz que le manda, y sin dexar vacío en la sociedad, concurriendo cada uno al bien público, á proporcion de los dónes que ha recibido, en vez de ser perjudicial la diversidad de las vocaciones, contribuirá particularmente á la armonía del cuerpo político. La abnegacion absoluta de sí mismo es tan horrorosa para la naturaleza, que lexos de ser temible que la muchedumbre se precipite indiscretamente por esta senda, debe mas bien temerse que el mayor número de los llamados se resista á la voz de Dios, para seguir el camino mas cómodo.

El impio afirmará tal vez, que las ma-

(1) Math. 19. v. 21.

xîmas Evangelicas son impracticables: Pero entonces, tomandole la palabra, sacáremos la conclusion, que aquellos que realmente las practican, han de ser sostenidos por una fuerza mas que humana; y que el Legislador que las hace observar, debe estar revestido de una potestad divina; porque, sean los que fueren los abusos y los escandalos en los estados mas santos, se ven siempre virtudes eminentes que se manifiestan con tanta brillantéz, tanto esplendor, tanta verdad, y que se sugetan à pruebas tan fuertes, que sería imposible sospechar de su sinseridad.

¿Qual es pues esta fuerza divina, qual este poderoso atractivo, capaz de hacer amar las maxîmas Evangelicas? ; Ah! aquí está el secreto de la eterna sabiduría, que los sabios del siglo no comprenderán jamás. Porque no pudiendo conocer la eficacia ni la dulzura de los sentimientos que no han llegado à experimentar, tampoco pueden concebir, que el hombre encuentre sus delicias en lo que parece debería entristecer su corazón. Es un sentido que les falta, y por

decirlo así, un tacto sobre natural, que no puede ser imaginado, quando no se ha sentido.

Una madre encuentra su felicidad en los penosos cuydados que tiene para con su hijo; forma sus delicias de una vigilancia que podría parecer servidumbre; y es la ternura maternal que hace hallar dulce y ligero el cargo. Un Cortesano lleva con alegría las mas pesadas fatigas baxo los ojos de su Señor, por el deseo de agradarle; y es la ambicion que suaviza el yugo. ¿Que no obrará, pues, la caridad en el corazón de un Christiano, que se vé circundado de la inmensidad de Dios, de su grandeza, de su bondad, de su misericordia, quando abismado en el océano de sus perfecciones infinitas, piensa que vive, que respira, en su seno patèrnal, que todos los instantes de su vida, todos los tesoros de la naturaleza, todos los bienes de que goza, son beneficios de su infinita bondad? ; Quando recapacita las gracias especiales, que desde el momento que vió la luz, se le han dispensado, para apartarle de los peligros, proporcionarle los

socorros, é impedirle mil veces el perderse? Quando reflexiona, que este tierno Padre está incesantemente á su lado para confortarle, sostenerle, y consolarle en sus aflicciones; que testigo de sus pensamientos, espectador de sus combates y de sus mortificaciones, debe ser tambien el remunerador de su fidelidad; que sus recompensas serán la posesion de este mismo Dios que tiene para con él la ternura de padre, y que la duracion de esta dicha será la de la eternidad? Que dulzura, que atractivos, que gozo en los transportes de amor y de reconocimiento en bendecir á este tierno Padre, en hablar con él, de él, de su religion, de sus grandezas, de sus beneficios; en derramar su corazon en su presencia, adorarle, exponerle sus necesidades, implorar su asistencia, y rendirle gracias! Que poco debe entonces costarle la privacion de los placeres y de los honores que no ocupan su corazon, el alejamiento de las tentaciones de las cuales teme el peligro, la renunciacion á la tierra de la qual conoce la nada! Que fácil le ha de ser

la victoria sobre las pasiones tantas veces vencidas, y de tal suerte ya debilitadas! Y si los sacrificios y las mortificaciones son aun dolorosas á la naturaleza, quan templada es su amargura por las efusiones de la caridad, y por la infalibilidad de las recompensas! Que podrá el universo entero contra él? Su propia felicidad está siempre en sus manos, porque él está siempre baxo la mano de Dios. Todo puede obtenerlo de su divina Magestad, porque todo lo ha prometido Dios á su peticion (1); y por la asistencia de su gracia, las aflicciones y las desgracias de la vida presente aumentarán la medida de su felicidad eterna. Por esto aquellos que llevan por entero el yugo del Señor, le encuentran dulce y suave: Los que solo le llevan por mitad, le hallan insoportable, porque quanto menos se ama á Dios, mas disgusto se concibe por las cosas de Dios; y al contrario, mas se hace para él, mas también crece el amor con el mérito de las obras, y nos hace gustar la dulzura

(1) Juan 14. v. 13.

de servirle. San Pablo se gozaba en las aflicciones (1); abundaba sobremanera de gozo en toda su tribulación (2); y el Solitario que vive en las austeridades de la penitencia, así como el Apostol. que hoy riega con sus sudores y su sangre las tierras de los Infieles, sienten también las mismas consolaciones, y hablan el propio idioma.

De todos los Filósofos que en estos tiempos enseñan, como antiguamente los Stoicos, que el sabio es bastante para él solo, que no tiene necesidad sino de sí mismo y del testimonio de su conciencia, para ser feliz, no hay siquiera uno que no se haya desmentido por su propia experiencia, y que no dé personalmente pruebas en contrario. Ellos huyen efectivamente la sociedad de los hombres, porque los aborrecen; no quieren verlos, considerandolos todos malos; los desprecian por un orgulloso despego, porque se creen mejores que ellos. Pero ¿cómo ninguno de estos sábios ha he-

(1) Col. 1. v. 24. = (2) 2. Cor. 7. v. 3.

cho el pensamiento de confinarse en una soledad ignorada? ¿Cómo, al contrario, tienen la precaucion de colocarse cerca de grandes poblaciones, cuya proximidad ha de excitar la curiosidad de conocerlos, quando el solitario, formado por la religion, el solitario, amigo de Dios, y amigo del hombre, convencido de su fragilidad, de su insuficiencia, humillado en vista de sus propias flaquezas, executa todos los dias lo que no podrá jamás el sábio poner en práctica? Es porque el sábio, que se presume no necesitar el auxilio de otro, tiene á lo ménos necesidad de sustentar su pretendida virtud, de la vana opinion de los hombres que desprecia, y vería que es nada, si estuviese reducido á él solo; en lugar que el solitario, viviendo de la fé, se encuentra siempre con Dios en su soledad. Esta es, por decirlo así, la magica del amor divino, que muda la naturaleza de las cosas, por el imperio que exerce en el corazon del hombre. Mas el hombre animal no percibe aquellas cosas, que son del Espiritu de Dios; porque le son una locura, y no

las puede entender, por quanto se juzgan espiritualmente (1). Pero al contrario el hombre espiritual juzga todas las cosas, porque tiene por regla el Espíritu de Dios, que es un espíritu de verdad; y él no es juzgado de nadie, supuesto que es necesario tener el Espíritu de Dios, para conocer las cosas que vienen de él (2). El yugo del Señor es, pues, verdaderamente suave, y su carga ligera (3) para aquellos que lo llevan, y Jesu-Christo cumple en realidad la promesa que ha hecho, de dar á los que lo dexarán todo por él, el ciento por uno en este mundo, y la vida eterna (4).

(1) 1. Cor. 2. v. 14. = (2) 1. Cor. 2. v. 15. = (3) Math. 11. v. 30. = (4) Math. 19. v. 29.

ARTICULO VI.

De los motivos por los quales Jesu-Christo nos anima á la práctica de sus divinos Mandamientos.

Dos solos son los motivos capaces de hacer doblar el corazón humano baxo el imperio de la ley: El motivo de la justicia, y el del interés, es decir, el amor de Dios, y el de nosotros mismos.

Por derecho de justicia, el Autor de nuestro sér, el principio de la vida, el soberano Señor del universo, la sabiduría eterna, la fuente de todo bien, el que encierra en su esencia toda la perfeccion, que no ordena sino lo justo, y que todo quanto manda es para hacernos felices, merece ciertamente todo nuestro amor. Tal es el lenguaje de la ley natural. Mas quando la fé nos habla de las grandezas de Dios, de su amor, del sacrificio de su Unigenito, de la inmensidad de sus misericordias, del

precio infinito de su gracia, ah! ¡ quanto mas eloquente y mas energico es su language!

El amor de nosotros mismos nos inspiraba el deseo de la felicidad, y la razon nos enseñaba que baxo un Dios de justicia, la felicidad destinada al hombre justo debia estar reservada á una vida futura, pues que no existia en la presente. Pero la imaginacion, que confundia la naturaleza del cuerpo con la del espíritu, creía ver todo el cuerpo aniquilado en la muerte. El hombre se pedia á sí mismo: ¿Cuál sería la naturaleza de esta felicidad venidera? ¿quál su medida? ¿quál su duracion? Y la razon no respondía. Por esta incertidumbre, la perspectiva del bien que se miraba de léjos, y como al través de una densa niebla, disminuía el interés, y solo oponia una débil resistencia á las pasiones que se apoderaban de todos los sentidos, y prometian sin cesar una felicidad presente y sensible.

La fé viene á derramar la luz sobre las sombras del sepulcro, y á realzar nuestras esperanzas por la magnificen-

cia de sus promesas. Ya no es á la fuerza de simples racionios que luchan contra la ilusion de los sentidos, sino por la palabra del mismo Dios, que se nos asegura una vida venidera. La recompensa que promete á la virtud, será la que conviene á los séres inteligentes; será tal, *que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazon de hombre subió* (1); será superior á todo lo que la ambicion humana pudiese jamás imaginar. La pena de los malos, será un abismo de fuego. La duracion de las recompensas y de las penas, será la de la eternidad. La medida de estas será correspondiente á la enormidad del pecado, que solo pudo expiarse con la sangre de un Dios: La de aquellas será proporcionada á la magnificencia de un Dios que ha de constituirnos sócios de sus méritos, para hacernos participes de su gloria. Pero ¿con que título serémos asociados á sus méritos? Con el de que, no haciendo mas que un solo cuerpo con él, como miembros suyos, por el espíritu de adopcion

(1) 1. Cor. 2. v. 9.

que hemos recibido, debemos tener también parte en su triunfo. Ahí ¿en qué consistirá, pues, la felicidad que nos ha prometido? En la posesión de él mismo, que siendo por esencia la suprema bondad, penetrará todas las potencias del alma con la inmensidad de su presencia, ilustrará el espíritu con su luz, abrasará el corazón con su amor, derramará sobre los justos la paz y la alegría; y sustentándoles así del solo alimento capaz de saciarlos, sin apagar jamás la sed, fixará el hombre entero en el descanso eterno de aquel que es por su naturaleza el principio y el fin de todas las cosas.

El Legislador soberano que nos ha hecho estas promesas, es el mismo Dios que las ha merecido por nosotros. El garante de nuestra inmortalidad, es el imperio que ha ejercido sobre la muerte, resucitándose él mismo. La prenda y la señal de la justicia que debe hacer en una vida por venir, es la justicia que hace hoy en el mismo mundo, cumpliendo por su divina asistencia, las promesas que había otorgado á su Igle-

sia, y practicando con la nacion que le ha crucificado, las venganzas con que la habia amenazado. ¿Sería posible, pues, que el hombre dominado constantemente por el imperioso deseo de su felicidad, en el momento en que se dexa penetrar de estas grandes verdades, no se sienta animado de un valor invencible para emprenderlo todo, superarlo, sacrificarlo, y sufrirlo todo, ántes que violar la ley de Dios? ¿ó qué pueda jamás violarla, sin estremecerse?

CAPITULO V.

De la Iglesia y de los auxilios que nos dá para cumplir con la ley de Jesu Christo.

La infinita bondad de Jesu-Christo no se ha limitado á ilustrarnos con las luces de la fé, y á asistirnos interiormente de su espíritu; si que ha depositado también una parte de su poder en las manos de sus Ministros, para cooperar con él á nuestra salud. Mas, antes de